

pretenden acercarse lo más posible a la posible realidad, en este caso histórica, al estado de las cosas.

Este es el mundo que recrea el historiador experimentado que es Ladero Quesada, tal vez quien mejor ha abordado este periodo fascinante, y lo hace desplegando un amplio abanico documental muy elaborado, estructurado y sabiamente selecto.

José Antonio GONZÁLEZ GUILARTE

CARLOS ASENJO SEDANO. *De Acci a Guadix*. Granada, Universidad, 2002. 241 págs.

Resulta insoslayable resaltar la importancia que el pasado romano de Guadix tuvo en la Bética imperial, una relevancia que derivaba de su posición estratégica en las relaciones entre la costa levantina y el Alto Guadalquivir; pero que también vino propiciada —como señala Cristóbal González Román— por los importantes recursos mineros existentes en su territorio. Estos condicionantes adquirieron mayor evidencia cuando Roma dispuso la creación de una colonia de ciudadanos romanos bajo el nombre de Colonia Iulia Gemella Acci sobre el solar de una antigua aldea ibérica. Los privilegios con que se la dotó —como el *ius Italicum*—, la convirtieron en una de las ciudades más importantes del sur peninsular.

Con el subtítulo de “Aproximación a la protohistoria de una ciudad del Sudeste peninsular hispánico, inserta en un fenómeno de mutación de topónimo. Una hipótesis de reconstrucción urbana”, aparecía publicado por primera vez en 1980 el libro de Carlos Asenjo. Como señala su autor, este trabajo no se proponía aportar grandes datos al ámbito de la investigación, sino antes bien organizar las diversas informaciones que para entonces (década de 1970) se tenían del momento de tránsito del Acci romano al Guadix medieval, proponiendo una hipotética reconstrucción de la evolución urbana de una ciudad en la Edad Antigua.

Independientemente de las carencias metodológicas y de concepto que la obra presentaba —y sigue presentando en su reedición—, resulta innegable el valor que el libro tenía al romper con la tradición anticuaria vigente hasta ese momento. Asenjo marcaba, quizás sin proponérselo, un antes y un después en los estudios sobre Guadix en la Antigüedad; rompía así con la tradición iniciada por Pedro Suárez en el siglo XVII y continuada por en el XIX por Martínez Dueñas y Torcuato Tárrago Mateos, en la que primaba el interés de recopilación y catalogación de los restos epigráficos y numismáticos procedentes de la Antigüedad.

En el momento de edición de este libro, las lagunas en la investigación del período romano eran enormes, derivadas en gran medida de la práctica ausencia

de referencias documentales fiables, por una parte había desaparecido la correspondiente tradición y, por otra, no se habían aún acometido investigaciones arqueológicas suficientemente rigurosas. Los últimos veinte años, por el contrario, han renovado el interés por el estudio de la Antigüedad en la zona, actualizando el conocimiento que se tenía de este período a través de las abundantes campañas arqueológicas acometidas. Ello ha permitido establecer la secuencia ocupacional del núcleo urbano, la entidad del asentamiento ibérico y la metamorfosis que se operó como consecuencia de la fundación de la colonia romana. Al mismo tiempo, se han visto ampliadas las evidencias de la evolución territorial en el entorno del valle del Fardes y del Marquesado del Cenete.

No obstante todo lo antedicho, tal y como señala Cristóbal González, la obra de Asenjo afrontó y superó los condicionantes existentes, introduciéndonos en los períodos antiguos y medievales, al tiempo que despojaba su conocimiento de las leyendas de anticuarios y cronistas.

Inmaculada PÉREZ ANDRADE

ANDRÉS M. ADROHER, ANTONIO LÓPEZ MARCOS, JUAN A. PACHÓN ROMERO. *La cultura ibérica*. Granada, Diputación, 2002. 169 págs.

La Cultura Ibérica se desarrolló en la franja costera mediterránea y regiones limítrofes del interior entre el siglo VI a.C. y el cambio de Era. No es un mundo culturalmente homogéneo en toda su extensión territorial, ni estático durante su periodo de vigencia. Lo que llamamos Cultura Ibérica es en realidad un mosaico de pueblos que las investigaciones recientes están consiguiendo diferenciar cada vez con más detalle.

El mundo ibérico se gesta por la influencia de los pueblos colonizadores mediterráneos en la población indígena protohistórica. En primera instancia son los fenicios los que entre los siglos VIII y VII a.C. aportan a las gentes indígenas técnicas avanzadas —torno de alfarero, desarrollo de la metalurgia del hierro y la plata, arquitectura de planta cuadrada, etc.— que van a generar la creación de una nueva estructura económica —extensión de la agricultura, apertura comercial a otros centros mediterráneos— y pondrán las bases de un nuevo orden social. A partir del siglo VI a. C. muy avanzado, y cuando el monopolio comercial fenicio ha decaído definitivamente, es cuando los pueblos peninsulares entran en contacto con el mundo griego, siempre dentro de los cauces del comercio. El factor griego no influye, pues, en la génesis de la Cultura Ibérica, sino que matiza algunos de sus rasgos culturales una vez que dicha cultura ha construido su propia personalidad.